

«Los lunes al sol» o «los lunes en casa».¹

Roles de género y vivencias del tiempo de desempleo

María M. POVEDA ROSA

Dpto. Sociología - Univ. de Valencia
manuela.poveda@uv.es

RESUMEN

A través del análisis de las entrevistas realizadas a desempleados se ha podido constatar cómo las medidas flexibilizadoras del mercado laboral, la precarización y el desempleo más frecuentes entre mujeres, han incidido de forma negativa sobre los deseos de conseguir unas relaciones sociales entre los sexos más simétricas. La igualdad formal, y los cambios en los modelos desde los que hombres y mujeres construyen sus proyectos vitales y laborales, tropiezan con una organización del empleo que, en ciertos grupos laboralmente más vulnerables, contribuye a reforzar disposiciones y comportamientos marcados por el género que tienen su máxima expresión en las vivencias cotidianas del tiempo de desempleo.

Palabras Clave: Mujer, Desempleo, Trabajo, Tiempo

«Los lunes al sol» o «Los lunes en casa». Gender roles and the different ways men and women experience the time of unemployment

ABSTRACT

The analysis of interviews to unemployed people has contributed to prove that the policies aimed to increase the labour market flexibility as the consequent precarization and unemployment have had a negative impact on the willingness to obtain more symmetric social relationships between both sexes. Formal equality and changes in the models that serve men and women as a basis to plan their life and career encounter the obstacle of a social organization of employment that reinforces gender determined behaviours and aptitudes in certain groups especially vulnerable in terms of labour. This can be observed at its maximum in the different ways men and women experience the time of unemployment.

Key words: Woman, Unemployment, Work, Time

REFERENCIA NORMALIZADA

POVEDA ROSA, M. (2006) «Los lunes al sol» o «Los lunes en casa». Roles de género y vivencias del tiempo de desempleo», *Cuadernos de Relaciones Laborales vol.24, núm. 2, 2006*

¹ «Los lunes al sol» por la película de F. León de Aranoa. «Los lunes en casa» es el título de un artículo de Joan Subirats publicado en *El País* (2/12/2002: 14) en el que señalaba cómo, si en lugar de tratarse de obreros industriales que al quedar en paro se dedican a lamentarse del cierre de la empresa, a reunirse en el bar y tomar el sol, las que hubiesen quedado en paro fuesen mujeres, probablemente, los lunes transcurrirían en casa. La intención era resaltar como una carencia masculina las vivencias domésticas: «¿Qué ocurre cuando un hombre todo trabajo, todo profesión, todo colegas, se ve obligado a salir de ese mundo por edad o por despido?»

Sumario: 1. Hacia donde y desde dónde se despliega la mirada. 2. Lo que se cuenta. Algunos datos estadísticos laborales. 3. Lo que nos revelan los «cuentos». 4. bibliografía.

1. HACIA DONDE Y DESDE DÓNDE SE DESPLIEGA LA MIRADA

Profundizar a través de la realización de entrevistas en las razones estructurales y biográficas que explican la desigual incidencia del desempleo sobre hombres y mujeres es el objetivo central de la investigación que sirve de base para este artículo². La hipótesis principal de la que se parte es la de que, en el momento actual, existe una estrecha relación entre la precarización del empleo y la persistencia de las desigualdades de género que se observan en las disposiciones y en las prácticas de hombres y mujeres. Dichas desigualdades se manifiestan especialmente en la articulación del ámbito laboral con el doméstico; por ello, recoger los discursos de los desempleados acerca de las vivencias y la cotidianidad de su tiempo de desempleo parece el escenario idóneo para tratar de confirmar dicha hipótesis. Los relatos recogidos nos permiten, además, ampliar la imagen con la que socialmente se representa a los parados y desde la cual se piensan las medidas políticas dirigidas a los mismos.

Las políticas activas de empleo y la normativa sobre las prestaciones por desempleo parten de la convicción de que no todos los parados merecen la misma atención puesto que no todos tienen las mismas necesidades. Los varones adultos parados de larga duración son los que más preocupan aunque sólo constituyan el 10% del total de PLD. Respecto a los jóvenes (en teoría de ambos sexos) la preocupación se centra, sobre todo, en los efectos de las dificultades de inserción sobre su vida laboral futura; así, se les ofrecen dos alternativas: que sigan formándose o que adquieran experiencia al precio que sea. Se supone que sus necesidades de alojamiento y manutención las puede seguir cubriendo la familia hasta la treintena y que, por lo tanto, basta con que sus empleos les proporcionen «dinero de bolsillo». Las mujeres de mediana edad suelen ser representadas como mujeres-madres que, acompañadas por un sustentador principal, tienen menores presiones económicas para necesitar un empleo y, además, tampoco se verán tan afectadas como los varones por la pérdida de identidad social ligada a la profesional.

En las entrevistas realizadas, lo que nos encontramos no siempre casa con el estereotipo. Entre los parados entrevistados nos aparecen jóvenes (chicos y chicas) muy presionados económicamente para encontrar un empleo, mujeres sustentadoras principales que necesitan como sea conseguir una retribución y otras

² Poveda, M. (2003) *De la inactividad al paro*. Tesis Doctoral dirigida por D. Teresa Torns y D. J. V. Marqués. Universidad de Valencia. En el trabajo de campo se realizaron 35 entrevistas a desempleados de ambos sexos que, en aquel momento, estaban realizando cursos de formación ocupacional.

frustradas por dedicarse sólo al trabajo familiar. Aunque algunos teóricos lo duden y otros le cambien el nombre, las clases sociales existen, generando disposiciones y necesidades diferentes tanto en ese conglomerado que llamamos juventud, así como dentro del colectivo femenino. Las posiciones dentro de la estructura social refuerzan (cuando los recursos de todo tipo son escasos) o limitan los efectos de interiorización de las identidades de género provocando representaciones y comportamientos diversificados. No obstante, el género aún es sociológicamente muy significativo para explicar las desigualdades existentes dentro del mercado laboral.

Las transformaciones que han tenido lugar en nuestro país nos permiten afirmar que, desde la perspectiva de la igualdad en las relaciones sociales entre hombres y mujeres, se han desencadenado procesos y lógicas muchas veces contrapuestas. Transformaciones espectaculares en los modelos de género han tropezado con un estado *familiarista* que confía en la familia como la mayor proveedora de cuidados y bienestar, que promulga cambios legislativos encaminados a promover la igualdad entre hombres y mujeres pero que, al mismo tiempo, sanciona administrativamente la flexibilización del empleo y la neoregulación³ liberal de las relaciones laborales promoviendo, con ello, un modelo de competitividad en el mercado laboral basado en la reducción de costes laborales, la inestabilidad en el empleo y la fragmentación de los trabajadores.

Las estrategias flexibilizadoras seguidas en Europa no han sido ajenas a las desigualdades de género y a las de la edad (Meulders, 2000). Los cambios en las formas de contratación y en la reorganización del tiempo de trabajo son un ejemplo claro: temporalidad, tiempo parcial y desempleo sin cobertura para jóvenes de ambos sexos y mujeres, prejubilaciones o desempleo subsidiado para varones adultos. Con las discriminaciones que dicha organización del mercado laboral introduce, las desigualdades en los comportamientos y en las identidades de género tienen mayores posibilidades de reforzarse. Las desigualdades *intra* género, más relacionadas con la posición de clase, también.

Para investigar el peso que tiene el sexo (y la edad) en la configuración del desempleo no basta con introducirlos como variables estadísticas. Hacerlo es un primer paso pero no es suficiente para tal propósito. Las cifras no hablan por sí mismas, las producimos, las manejamos, las relacionamos, las criticamos tratando de des-cifrar su significado y aunque, obviamente, cuanto más conozcamos acerca de su proceso de producción más podrán sugerirnos, siempre serán insuficientes. El proceso de producción de las estadísticas laborales responde a un complejo entramado de construcción social de categorías, de definición administrativa sobre la pertinencia o no de recoger ciertos datos, de decisiones políticas, de problemas prácticos en la recogida y procesamiento, etc. Demasiadas decisio-

³ Hablar de «desregulación» creemos que puede llegar a confundir. No se trata de ausencia de normas y de reglas sino de una regulación que, en gran medida, abandona su objetivo de proteger el lado más débil, el de los trabajadores.

nes y selecciones por el camino cuestionan la impresión de neutralidad y de objetividad que, en principio, pueden dar.

Si ello es así en las estadísticas laborales de carácter general, aún lo es más cuando éstas se refieren a ciertos grupos sociales cuya identidad laboral está rodeada de ambigüedades; ese es el caso de jóvenes de ambos sexos a caballo entre la formación y el paro, y de mujeres entre la inactividad laboral y el desempleo desanimado. A dichas situaciones de ambigüedad habría que añadir otras cada día más numerosas como las de voluntariado, la asistencia a cursillos, etc., difíciles de encajar en lo que se considera actividad laboral estadísticamente relevante.⁴

2. LO QUE SE CUENTA. ALGUNOS DATOS ESTADÍSTICOS LABORALES

2.1. Feminización del desempleo y del empleo precario. Consecuencias sobre las nuevas formas de inactividad femenina y masculina

Los problemas de clasificación de situaciones en las que no se tiene un empleo dependen de convenciones que se modifican con el tiempo. Las diferencias entre los datos de paro de la EPA o del INEM son significativas y varían según el momento histórico en que realicemos la comparación. En ambos casos, cambios en la metodología o en la definición desvían al alza o, más frecuentemente, a la baja el número de desempleados. Las evoluciones de la tasa de desempleo suelen utilizarse como barómetro de la gestión política y, por ello, cualquier modificación que no suponga una burda manipulación, pero que consiga el efecto mágico de rebajar la cifra de parados, es susceptible de ser adoptada. Como ejemplo, baste citar la categorización como ocupados de personas que trabajen retribuidamente una hora a la semana. También en ambas fuentes podemos encontrar amplias dosis de subjetividad al depender la clasificación de los que no tienen un empleo de declaraciones de los propios entrevistados o en el interés de registrarse como tal en el INEM. La EPA ha ido mejorando el cuestionario para poder incluir algunas de esas situaciones —cada vez más normalizadas— de los denominados empleos «atípicos». Con ello ha conseguido, asimismo, el objetivo político de incrementar las tasas de ocupación. No obstante, las cifras de desempleo nos indican que las mujeres tienen mayores dificultades para conseguir un empleo.

El desempleo actual se puede caracterizar por los siguientes rasgos:

- El género y la edad son elementos clave para entender los cambios en las características y en el grado de preocupación social que genera el desem-

⁴ Sin mencionar aquí el cuestionable estatuto del trabajo doméstico o familiar dentro de la categoría de inactividad.

pleo; ambas cuestiones serán, a su vez, las que determinarán el tipo de medidas políticas desarrolladas para combatirlo.

- Obviamente, *los niveles de desempleo de los diferentes grupos sociodemográficos* están muy relacionados con los niveles de ocupación, con el dinamismo de una economía en lo que concierne a la creación de empleo, pero *del mismo modo, con la evolución y la composición de la inactividad laboral*. Así, retrasar la entrada al empleo o adelantar la salida modifican la oferta de trabajo sustancialmente (la búsqueda y, en consecuencia, el paro), promover o no la salida de las mujeres en los periodos de crianza también.
- El tipo predominante de paro en un momento dado (paro de inserción, paro recurrente, paro de larga duración, paro desanimado...) está muy ligado a la norma de empleo vigente. Actualmente existe una *clara correlación entre el tipo de desempleo predominante (paro flexible) y la extensión de la contratación temporal*
- La formación, en términos generales, mejora la empleabilidad individual. Sin embargo, *la relación entre paro y nivel de formación es compleja*; está mediada no sólo por la mayor empleabilidad que supuestamente genera una mayor formación, sino que también viene determinada por las mayores expectativas de los más escolarizados respecto al tipo de empleo buscado; sin olvidar, por supuesto, la mayor o menor urgencia de trabajar.
- *A partir de los ochenta, las mujeres representan el mayor peso proporcional del paro*. Aunque no sólo se tiene que hablar de ellas como integrantes del «paro de reinsertión», lo cierto es que el 22 % de las paradas entre 30 y 44 años proceden de «inactivas dedicadas a labores del hogar y responsabilidades familiares». El porcentaje se eleva al 29,5% dentro del grupo de edades comprendidas entre los 40 y los 44 años. Tratar de conseguir empleo después del tiempo dedicado a la reproducción, la socialización y la gestión familiar no es tarea fácil.
- *El núcleo duro del paro de larga duración está compuesto mayoritariamente por mujeres*. Si bien en la fase actual, la proliferación de la contratación temporal hace que hayan disminuido las situaciones de paro de larga duración y sean más frecuentes las de paro recurrente. Los parados de larga duración se concentran (85%) en «jóvenes de ambos sexos», mujeres de edades intermedias (30-49) con escasas «oportunidades de mercado» y varones de más de 45 que han sido desplazados del mercado laboral. Progresivamente ese paro prolongado se ha ido convirtiendo en asunto de mujeres que, en 2001, ya eran el 63% del total.
- *También son mayoría tras el rótulo de «paro juvenil»*. La imagen de que en las edades jóvenes las desigualdades por razón de sexo están desapareciendo queda desmentida por los datos. Si el paro de inserción (principalmente de jóvenes) constituye un problema social que retrasa la llegada a la vida adulta, entre esa juventud con dificultades para encontrar empleo, las mujeres jóvenes también están sobre representadas. En este caso, se trata de mujeres sin cargas familiares, con una escolarización

- igual o superior a la de los varones de su misma generación que, no obstante, registran tasas de paro que casi duplican las de estos últimos. Esa tendencia se confirma también en los jóvenes parados de larga duración.
- *Sólo entre los parados mayores de 54 años el paro masculino supera al femenino*; la razón no hay que buscarla en las mejores oportunidades de empleo de ellas, sino en la retirada progresiva de estas últimas a la inactividad.
 - *Las diferencias dentro del colectivo femenino son significativas*. En ocasiones, la segregación sexual del mercado de trabajo protege del paro a algunos grupos de mujeres consolidadas en sus empleos (sector público) o vinculadas a ramas de actividad y puestos de trabajo menos afectados por la destrucción de empleo. Otros grupos de féminas, con mayor presencia en formas precarizadas que refuerzan otros factores derivados de sus identidades de género, se convierten en el colectivo más vulnerable a los vaivenes económicos.

La «tolerancia social» con el desempleo femenino lo ha hecho aparecer como un problema de segundo orden, porque se piensa que «se trata de un paro que excluye pero no margina» (Torns, 2000: 300). No todas, pero sí algunas de las paradas de larga duración, son desempleadas que trabajan bastante en sus casas (sin retribución) y que encuentran cierta identidad y reconocimiento social a través de esas funciones en el ámbito familiar. En su socialización y en la construcción de sus trayectorias vitales, la mayoría de las mujeres concede importancia a los requerimientos de la esfera reproductiva. Esa es la imagen social que se extiende y se proyecta sobre la totalidad de las mujeres que se encuentran en esa fase del ciclo vital (e incluso sobre las que aún no han llegado a ella), imagen que, complementada con la del varón adulto «ganapán», resta importancia a la búsqueda infructuosa de empleo de muchas mujeres. Pero, entre otras razones que descalifican esta interpretación, no se puede olvidar ni la actual vulnerabilidad de los vínculos entre las parejas, ni la del empleo de los varones «sustentadores principales».

2.2. Las débiles fronteras entre desempleo, subempleo, desánimo e inactividad

El estudio de las tendencias actuales del mercado de trabajo y el análisis de datos estadísticos provenientes de la Encuesta de Población Activa permiten mostrar la estrecha relación existente entre precarización, desempleo e inactividad laboral; sirven, asimismo, para sintetizar toda una gama de desigualdades laborales entre hombres y mujeres, y dentro del propio grupo femenino: mayores tasas de paro y de temporalidad entre las activas; alta presencia en empleos descalificados y claros indicios de incorporación a puestos cualificados de algunas; desequilibrios en el uso del tiempo; desajustes entre la esfera de la producción y la reproducción y un largo etcétera ya conocido, frecuentemente analizado en la Sociología y la Economía del trabajo en España.

Las identidades de género son construcciones sociales que se ven influidas por el modelo de identidad femenina de la etapa histórica que estemos estudiando, por las características socioculturales de la persona, por sus necesidades económicas y, muy especialmente, por el momento del ciclo vital y su posición dentro de la familia; la acción conjunta de todos esos factores es la que, junto con las oportunidades que ofrezca el mercado laboral, inclinará la declaración de las mujeres sin empleo retribuido hacia la inactividad laboral o el paro.

En la apartado siguiente, se ha intentado representar a grandes trazos la evolución —desde 1977 a 2001— resultante de factores demográficos (el crecimiento de población en edad laboral), la capacidad del mercado para absorber a los nuevos incorporados (los cambios en la ocupación y el paro) y las transformaciones de la inactividad.

De inactivas a paradas

Haciendo recuento de lo ocurrido entre 1977 y 2001, el balance para la participación laboral femenina es positivo: el número de activas ha aumentado en 3.086.510 mujeres, mientras que, el incremento de la población en edad laboral ha sido de 3.669.870. Son casi dos millones y medio menos las dedicadas a las labores del hogar de forma exclusiva. Cerca de dos millones más las ocupadas pero, también, son más de un millón las que siguen buscando empleo sin éxito.

En general, a pesar del aumento de la inactividad de las más jóvenes por la prolongación de la escolarización, la inactividad femenina total ha registrado sólo un leve aumento gracias a la caída espectacular de las clasificadas como inactivas dedicadas a las labores del hogar. Por el contrario, entre los varones el resultado más significativo al final del periodo ha sido el aumento de casi tres millones de inactivos. En su caso, al retraso en la incorporación de los varones más jóvenes se le ha sumado la salida precoz de los mayores, especialmente visible en el periodo de reestructuraciones de 1977-1987.

Ese resultado final es fruto de la suma de los efectos que sobre el empleo han tenido diferentes tipos de coyuntura económica registrados a lo largo de todo el periodo. Si analizamos por subperiodos, vemos que los indicadores laborales masculinos y femeninos han tenido oscilaciones de diversa consideración. Así, en el periodo de crisis de los ochenta, el subtítulo de la tabla de las mujeres podría ser: «la masiva incorporación de las mujeres: de inactivas a paradas». En esas fechas, se produce el mayor salto en la incorporación a la actividad registrada sin que ésta encuentre respuesta en el mercado laboral. Si en otras épocas anteriores esta situación de crisis del empleo hubiera disparado la inactividad (efecto desánimo), en esos momentos las resistencias del nuevo modelo de identidad femenina más abocado al empleo, junto al efecto del desempleo masculino en las familias (hipótesis del trabajador adicional) y la consolidación de una sociedad consumista, hace aumentar el peso absoluto y relativo del desempleo femenino. Desde 1983, las tasas de desempleo femenino han estado alrededor del 20%, reaccionando menos y con retraso a los cambios de coyuntura.

La reactivación económica y las medidas introducidas en el empleo entre 1987-1992, crearon oportunidades de empleo femenino dentro de los servicios de cualificación media o alta. También creció el empleo femenino en el segmento secundario lo que permitió recuperar los niveles de ocupación previos a la crisis. En total, aumentaron en 1,2 millones las mujeres ocupadas. No obstante las tasas de paro femeninas duplicaron a las masculinas. Un dato significativo del nuevo modelo de participación laboral es que si en 1976 se retiraban por matrimonio e hijos el 67%, en 1991 ya sólo lo hacía el 10%.

El ciclo expansivo de 1985-1992 no se utilizó para crear empleo estable. Más bien podría decirse que, integrados en las corrientes flexibilizadoras de la economía mundial, España se convierte en «pionera en la erosión de la normalidad laboral» (Steinko, 1999: 498). Tampoco se reorganizó convenientemente el sistema productivo por lo que, situados de nuevo en un ciclo de recesión (1992-1996) el anterior abuso de la contratación temporal se dejó notar. El desempleo subió a máximos históricos (era barato y más fácil despedir) sus efectos fueron selectivos y cayeron con mayor dureza sobre algunos grupos de trabajadores más vulnerables. En números absolutos aumentaron más los desempleados que las desempleadas.

Desde 1992 las mujeres se comportan resistiendo como buscadoras de empleo a pesar de las dificultades. Al mismo tiempo, las diferencias dentro de la población ocupada femenina se acentúan, es decir, mejora su presencia en los buenos empleos aunque con «techos de cristal» y también en los más precarizados que para algunas constituyen «suelos pegajosos» de los que difícilmente pueden escapar.

Y...Viceversa: del paro y del subempleo a la inactividad

Aunque la tendencia del conjunto de la población femenina haya sido su mayor incorporación a la actividad laboral, en algunos grupos de edad se podría hablar de una tendencia contraria: salidas del paro y del subempleo hacia la inactividad.

No tener empleo y ser consciente de las dificultades de obtenerlo desanima la búsqueda, en consecuencia condiciona la oferta: disminuye el paro e incrementa la inactividad. Esto puede ocurrir siempre que la identidad social no está absolutamente ligada a la laboral: caso de jóvenes de ambos sexos que pueden seguir formándose, de mujeres con «cargas» familiares que pueden refugiarse (o encerrarse) en las «labores del hogar» y cuando se trata de varones mayores, parados de larga duración, cansados de buscar empleo. Igualmente, desde el lado de la demanda, el tipo de empleos ofertados puede contribuir a la construcción de unas identidades laborales más o menos consolidadas.

Entre las mujeres de mediana edad (la de mayor carga de los cuidados) podemos deducir, a través de algunos datos de la EPA, una relación muy estrecha entre subempleo, desempleo e inactividad. No adquiere el mismo significado en la vida de una persona tener un empleo estable que genera profesionalidad y oficio, que

figurar como ocupada por haber trabajado una hora semanal en tareas para las que se está sobrecualificada, tampoco es igual tener un contrato de muy corta duración o uno indefinido. Las situaciones más precarias, menos generadoras de identidad profesional, son más frecuentes entre la población femenina.

Tener un empleo ocasional, hacer limpiezas por horas, trabajar cuidando niños, enfermos o ancianos, son situaciones de subempleo que no suelen recogerse en las estadísticas de ocupación, que no generan lazos laborales consistentes y que, en algunos casos, pueden reflejar el carácter subordinado, instrumental y coyuntural de la relación que algunas mujeres tienen con el empleo.

En otros casos, sin embargo, esas formas de subempleo son la expresión de las dificultades de algunos colectivos de mujeres para encontrar otro tipo de trabajo retribuido. Es decir, son fruto de la flexibilización actual y no de la voluntad de las trabajadoras. Aunque se trate de formas de subempleo que sí se recogen en las estadísticas⁵ y, por tanto, que les haga aparecer como ocupadas, esas variedades de subocupación no permiten autonomía económica, generan dependencias respecto a la pareja, los padres o la asistencia social. En definitiva, implican formas de vida más próximas a la inactividad que a la ocupación. El subempleo femenino no es una novedad. Sí que parece serlo el subempleo forzado y el subempleo de colectivos cualificados.

Por tanto, es necesario huir de una visión esencialista y monolítica a la hora de estudiar e interpretar la inactividad y el desempleo femenino. Como se podrá apreciar en las entrevistas, es cierto que algunas mujeres afrontan su situación de desempleo desde esa «ambigüedad» con la que viven su relación con el mundo laboral. Sin embargo, ese no es el caso de un gran número de mujeres que, por motivaciones diferentes, desean y necesitan un trabajo retribuido y que, sin embargo, son juzgadas desde los estereotipos de género y son víctimas de discriminación laboral.

Las desigualdades de clase atraviesan las desigualdades de género dando lugar a situaciones diversas entre las propias mujeres. Sobre las clases sociales peor situadas recaen las desigualdades de género con más fuerza. Las elites femeninas, por «herencia social o por herida» (García de León, 2002) tienen más recursos y más empuje para saltar barreras. En el extremo opuesto, las paradas de larga duración de edades intermedias, suelen ser mujeres que acumulan además de su condición sexual, otros factores negativos derivados de su escaso capital económico, cultural y relacional.

Como resultado de las mayores dificultades de inserción de algunos grupos de mujeres, también son frecuentes los flujos del paro al desánimo y, consiguien-

⁵ «Una importante categoría dentro de la ocupación es la de subempleo por insuficiencia de horas de trabajo, definida en la XVIª Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo (Ginebra, 1998). En la EPA se consideran subempleados por insuficiencia de horas a los ocupados que desean trabajar más horas, que están disponibles para hacerlo y cuyas horas efectivas de trabajo en la semana de referencia son inferiores a las horas semanales que habitualmente trabajan los ocupados a tiempo completo en la rama de actividad en la que el subempleado tiene su empleo principal». Notas metodológicas en www.ine.es.

temente, a la inactividad. A finales de los noventa, dos tercios de los parados pasaban a la inactividad y un tercio encontraba empleo. Dicha afirmación también válida para hombres que se retiran (por estudios o por jubilación) va a constituir una de las razones que mejor explican la persistencia de inactividad entre mujeres jóvenes que ya no tienen como modelo de feminidad la dedicación exclusiva al trabajo familiar.

Según las respuestas recogidas en la EPA (II trimestre) de 2001, entre las inactivas con experiencia laboral anterior y que han dejado un empleo hace menos de tres años, el 55% señala como motivo «la finalización de un contrato». Sólo el 6,5% de las inactivas menciona como causa de dicha inactividad las «razones personales» o las «responsabilidades familiares».

Por otro lado, allí donde hay mayor temporalidad en la contratación, los flujos hacia la inactividad por finalización de contrato son mayores; el 58% en «servicios de restauración, personales,...» y el 63% de las inactivas procedentes de «trabajos no cualificados» alegan la finalización de contrato como motivo de su paso hacia la inactividad.

Se trata de indicadores poco refinados, pero que pueden indicar ciertas tendencias que confirman la hipótesis de que, como fondo de la retirada laboral en más de la mitad de la población femenina «experta» (flujo de empleo a la inactividad), existe una situación previa de empleo temporal y descualificado. El análisis de las entrevistas también ayudará a confirmar esa relación.

3. LO QUE NOS REVELAN LOS «CUENTOS»

Una parte considerable de las mujeres sin empleo remunerado habitan en medio de un espacio laboral con límites poco definidos o, al menos, discutibles. Las encontramos como jóvenes en situaciones de inserción precaria, como trabajadoras de la economía informal, como aplicadas cursillistas, como «inactivas mientras que...», como «cansadas de buscar para nada» y, además, cargadas todavía con la etiqueta de trabajadoras-madres (reales o potenciales). Las posibilidades de que se vuelvan invisibles para las estadísticas o de que, al pretender hacer que las cifras hablen por sí mismas, aparezcan interpretaciones tópicas sobre las razones de su situación son muy elevadas.

Hacerles hablar sobre sus prácticas, sus razones, escuchar cómo reconstruyen e intentan dar coherencia a su discurso, puede ser una vía que ayude a colmar de significado la información que, innegablemente, proporcionan los números. Todo ello, por supuesto, sin olvidar las cautelas con las que se debe abordar la recogida, la utilización e interpretación de las entrevistas. El sistema de relaciones de género, como construcción socio-histórica que es, se modifica continuamente. Las ideas sobre lo masculino y lo femenino, sobre las formas específicas que toman las relaciones de género en distintos momentos o circunstancias, generan modelos de referencia, expectativas, comportamientos y representaciones sobre la propia situación que sólo pueden aparecer en los discursos generados por los propios sujetos.

Se parte aquí de una concepción relacional del género por lo cual es imprescindible romper con los estudios de género (femenino) que sólo hablan de lo que les ocurre a las mujeres. Si la tradición androcéntrica de la sociología del trabajo ignoraba a las mujeres o las confundía en el interior de la pretendidamente universal categoría de «los trabajadores», razones obvias aconsejan contemplar lo que dicen y dicen hacer hombres y mujeres —en este caso parados y paradas—, como única vía de avanzar en el conocimiento de las diferentes formas de desigualdad, en el reconocimiento de la diversidad y en la valoración del peso de las relaciones de género en la formación y desarrollo de las trayectorias laborales y vitales. Por esa razón las entrevistas se realizaron con el mismo guión orientativo a desempleados de ambos sexos.

En la construcción de esa diversidad de trayectorias, intervienen: (1) las diferencias en los tipos de recursos disponibles: económicos, laborales, sociales, formativos, etc. que tienen cotización en el mercado laboral; (2) el grado de disponibilidad de recursos institucionales, tanto monetarios (prestación o subsidio) como formativos, sin olvidar los relativos a servicios públicos de atención a personas dependientes (niños, enfermos, ancianos) cruciales para las familias y, muy especialmente, para las mujeres; (3) después de tener en cuenta las desigualdades en el acceso a los recursos mercantiles y públicos, aún queda considerar otro tipo de recurso que está en el origen de las desigualdades —todavía abismales— entre los géneros y las generaciones: la disponibilidad de tiempo, o sea, las desigualdades que introduce el hecho de poder contar con alguien que resuelva las necesidades domésticas cotidianas o de tener que asumir la responsabilidad de resolver las propias y las del resto de la familia.

3.1. Tiempos y lógicas jerarquizadas e incompatibles. Estados de bienestar raquíticos, mercados turbulentos, solidaridad familiar y desempleo

El tiempo, en las formas de organización actual del trabajo y del empleo, juega a favor de las desigualdades de género. No sólo por sus efectos sobre la situación laboral de hombres y mujeres, sino también por su influencia sobre los tiempos familiares. Si en las primeras fases de la industrialización se puso en evidencia la incompatibilidad de la vida proletaria con la reproducción social, las tendencias observadas en la actualidad, no abocan al optimismo.

El desarrollo del proyecto de la modernidad vinculó los derechos de ciudadanía casi exclusivamente a la relación salarial; al mismo tiempo, la idea de feminidad propagada por esa misma modernidad instalaba a las mujeres en el papel doméstico, canalizándolas hacia un estatuto de ciudadana subordinada y protegida (en tanto que madre y esposa). Cuando nos encontramos —parafraseando el título del artículo de Carrasquer (2002)— en «los límites de la modernidad» la domesticidad ha perdido legitimidad social, pero las dificultades para acceder a un empleo con ciertas garantías han aumentado. Lo que se ofrece en el mercado de trabajo es escaso y, casi exclusivamente, inestable y precario.

Mientras se habla de la revolución tecnológica y del «fin del trabajo», de la necesidad de repartir la escasez del tiempo de trabajo asalariado, en las empresas se intensifican los tiempos de trabajo y se reclama la disponibilidad temporal absoluta de algunos grupos de trabajadores. De momento, las riendas de los cambios las llevan los empresarios y la sociedad asiente y consiente sin cuestionar la lógica productivista y —vamos a decir— «masculina» de la centralidad del tiempo laboral en la vida de las personas.

Señalan Maruani y Nicole (1989) que, actualmente, la trama de la diferencia entre los sexos se asienta sobre la construcción social de las cualificaciones en el trabajo y sobre el tiempo en el ámbito del empleo. Las cualificaciones son resultado de tensiones, regateos y negociaciones entre grupos sociales. La supuesta falta de formación y cualificación de las mujeres —o su preferencia por estudios poco demandados por el mercado laboral— es un argumento recurrente para legitimar su posición de subordinación en el empleo. Sin embargo, lo que nos dicen los datos y las entrevistas es que la mayoría de las mujeres son subempleadas y sus cualificaciones infravaloradas.

En relación con el tiempo y el empleo, también se ha podido observar que, al menos en nuestro país, la temporalidad y la dedicación a tiempo parcial, más frecuentes en la población femenina, no responden a la lógica de la generosidad empresarial, tampoco son la respuesta adecuada a una demanda femenina de poder «compatibilizar» trabajo y profesión. Ambos factores refuerzan la debilidad de los lazos laborales de una mayoría de mujeres.

Contemplar el trabajo desde la perspectiva de las relaciones entre la producción y la reproducción social, facilita una visión más completa y compleja del conjunto. Conocer cómo se articulan dos tiempos y dos lógicas distintas, permite desvelar las contradicciones existentes entre los discursos sobre la igualdad sexual y las prácticas de hombres y mujeres en la vida cotidiana.

En este sentido, las entrevistas realizadas a desempleados de uno y otro sexo permiten ese acercamiento a la vida cotidiana que, como ya se ha dicho, en un contexto de estado de bienestar *familiarista*, constituye el núcleo de la articulación entre vida laboral y vida familiar, entre las necesidades productivas y reproductivas de la sociedad. En los relatos de los entrevistados/as, además de las frustraciones derivadas de los problemas de la carencia de empleo, fácilmente se puede observar la persistencia en los desempleados/as de disposiciones claramente vinculadas a la definición social y a la interiorización de los roles de género.

Como aparece claramente en las entrevistas, en las sociedades económicamente más desarrolladas, pero con un Estado de Bienestar raquítrico o desmantelado y una situación de inestabilidad en el empleo, la «familia refugio» es la opción más socorrida. El ejemplo europeo más extremo de «familia refugio» lo encontramos en países como Italia y España, que suplen la falta de empleo y de servicios estatales con la persistencia de modelos familiares que asumen la satisfacción de las necesidades de los hijos hasta edades realmente elevadas.

Además de refugio para los jóvenes que no son autosuficientes, sobre la familia recae el mayor peso de la atención que necesitan niños, enfermos y ancia-

nos. Cuanto más vulnerables se vuelven los individuos y más se desestabiliza el espacio público, mayor protección se busca en el espacio de los vínculos primarios. Sin embargo, no puede olvidarse que en situaciones de tensión los propios vínculos tienen más riesgo de desestabilización. La familia «refugio» no está exenta de conflictos y, además, estos crecen como resultado de la acumulación de problemas internos y externos a ella. En ocasiones, más que refugio supone una lanzadera para que sus miembros salgan a buscar *«lo que sea y en las condiciones que sea»*

Es un hecho estadísticamente comprobado que la dedicación en tiempo, energía y preocupaciones derivadas de esa situación no se redistribuyen equitativamente dentro de la unidad doméstica, sino que recaen de forma mayoritaria sobre los hombros y las conciencias de las mujeres adultas independientemente de su situación laboral. Y si se admite que las oportunidades laborales dependen de la interacción dinámica entre el tipo de trabajadores demandados por los empresarios (esfera de la producción) y la oferta de trabajo condicionada por los papeles de los distintos grupos sociales en la esfera de la reproducción, es evidente que las mujeres con cargas familiares no van a tener las mismas oportunidades laborales.

La confluencia de una serie de circunstancias, entre las que podrían destacarse: el escaso papel como provisor de servicios de cuidados de nuestro estado de bienestar; el descrédito social de la figura del ama de casa (con dedicación exclusiva o parcial); la inestabilidad del empleo (incluido el del «ganador de pan»); el consumismo y la vulnerabilidad de los vínculos de pareja, han hecho necesaria y deseable la orientación hacia el trabajo retribuido de varones y mujeres. El equilibrio —más ideal que real— entre la complementariedad del varón *breadwinner* y la mujer «ama de casa» parece haber entrado definitivamente en crisis.

Ante el nuevo modelo de hombres y mujeres con —o en busca de— empleo, ha saltado al debate político la incompatibilidad entre la satisfacción de las necesidades reproductivas y un funcionamiento del empleo que, cada vez más, reclama disponibilidad absoluta de algunos ocupados y dedicación temporal sujeta a las necesidades de la empresa. Hasta ahora, pese a la declaración de intenciones de las políticas de conciliación, el conflicto se plantea sólo en el ámbito de los tiempos familiares y como propio de las mujeres que tienen o quieren tener un trabajo retribuido.

La mayor presión social para asegurar los ingresos monetarios al grupo doméstico recae sobre los «cabezas de familia» (mayormente varones) de quienes se prefiere que acudan al mercado laboral con el «plus» de estar casi o totalmente liberados de las tareas reproductivas. Sin embargo, eso es algo que difícilmente consiguen las mujeres «cabezas de familia» que, por el contrario, cargan con el coste de acudir a buscar empleo sin tener un ama de casa que les libere de dichas tareas; sólo algunas contarán con otras mujeres de la familia o podrán pagar a empleadas domésticas para que las sustituyan. Cuando esas mujeres son las sustentadoras principales como ocurre, por ejemplo, en el caso de las familias «monomarentales» los riesgos de pobreza de esos hogares son elevados. Así la expresión más angustiada de las vivencias del paro corresponde a los entrevista-

dos «mantenedores principales de la unidad familiar» sean éstos varones o mujeres. No obstante, ninguno de los parados entrevistados parece responder al estereotipo de «parado subsidiado igual a parado desmotivado para buscar empleo». La mayoría identifica con claridad no sólo la merma de capacidad económica que el desempleo genera, sino también, en mayor o menor grado, la crisis de su identidad social.

Los cambios respecto a las responsabilidades familiares son significativos a nivel de modelos, de representaciones simbólicas pero menos notorios en las prácticas. Elena Simón (1999) expresa muy acertadamente, a nuestro juicio, las contradicciones entre deseos y realidad familiar cuando escribe:

«La institución contemporánea de la familia nuclear urbana tiene su confortable asiento en los sistemas de pacto cínico, aún suponiendo que la pareja fundadora desea en un principio establecer relaciones de tipo simétrico. Como tal institución está en crisis y sus dificultades de definición entre la seguridad de lo conocido y el cambio hacia lo nuevo facilita la continuidad de los viejos modos de hacer, en los que priman las normas rígidas de división del trabajo y de los roles complementarios, y pretende a un tiempo funcionar como si la igualdad entre sus miembros fuera algo más que virtual. La mezcla puede ser explosiva, pues esta familia se constituye como una unidad de socorro, cuidados y cobijo, donde además se cubren las necesidades afectivas de todos los miembros y las sexuales de las personas adultas, pero a un tiempo pretende preservar parcelas de libertad para cada uno de sus componentes y una buena parte de la cobertura de sus deseos. Es, pues, un grupo inestable, jerarquizado, permisivo, protector, en el que se producen numerosos conflictos de intereses incompatibles (...). La igualdad formal no se aplica en la práctica, pues ésta continúa inspirándose en la ideología de la complementariedad, de dominación-subordinación y está cargada de doble moral (...) y de ilusiones de libertad en las elecciones (...). El ser, o la realidad de lo que es, no se corresponde ni con el deber ser, o la norma, ni con el querer ser, o el deseo. Esto produce frustración o abuso».

Nuestro análisis de las entrevistas va a partir del eje estructurador que nos ofrecen las diferentes vivencias y prácticas cotidianas del tiempo de desempleo dentro del entorno doméstico.

3.2. El empleo del tiempo de desempleo. Vivencias y prácticas cotidianas. Tiempo ocupado / tiempo perdido / tiempo dormido

La familia juega un papel primordial en las vivencias de los parados no sólo por cuestiones económicas. El género marca diferencias muy significativas en las vivencias del espacio doméstico. Como señala Soledad Murillo (1996), para la mayoría de los varones —y habría que extenderlo a las mujeres en posición de «hijas»— el concepto de vida doméstica o privada tiene el significado de «privacidad»; mientras que, para las mujeres adultas tendría el de «privación» del propio tiempo.

Esas percepciones generizadas del espacio doméstico se reproducen con bastante fidelidad entre la mayoría de los adultos que pasan por una situación de

desempleo. Así, dentro de una gradación de posiciones, va a ser posible diferenciar entre quienes en un extremo llenan gran parte de su tiempo con las tareas de atención y cuidados a la familia —«las paradas que no paran»— y los que, en el otro extremo, viven su tiempo de desempleo como un tiempo «perdido», incluso «dormido».

Desempleo y reparto del trabajo doméstico: ¿Cuestión de género?

Más tiempo libre y menos ingresos supone, en muchos casos, un repliegue hacia la familia. Sin embargo, la mayor parte de los parados varones no se relaciona con el ámbito doméstico —con «la casa»— salvo como lugar de descanso y sueño reparador. No suelen aparecer en las entrevistas, incluso de varones casados jóvenes, demasiadas referencias al trabajo familiar. No parece que, salvo de cocinar o de recoger a los niños, se ocupen o preocupen más de las tareas domésticas en su tiempo de paro.

Las resistencias son lógicas si tenemos en cuenta que el trabajo doméstico va acompañado de una carga simbólica negativa: es un no-trabajo, no da dinero ni gloria, es cosa de chicas, etc.. Esperar que entren voluntariamente en un espacio socialmente devaluado es esperar demasiado. Por ello, incluso varones con la identidad de «ganapan» cuestionada —situaciones de paro prolongado— se sienten poco implicados e incluso liberados de ese tipo de trabajo.

Esa actitud podría decirse que, en cierto modo, revierte sobre ellos de forma negativa, con un sentimiento de tiempo perdido y de inutilidad social mucho más agudo que en el caso de las paradas que ocupan su tiempo con el trabajo no retribuido. No tener un empleo en el caso de la mayoría de los varones supone, en efecto, no realizar ningún trabajo dirigido a satisfacer necesidades de higiene, alimentación, etc. La búsqueda activa, a veces, alguna «chapucilla», los cursillos y las visitas a la oficina del «Paro» (así suelen referirse al INEM) son las actividades más frecuentes. El tiempo no ocupado por el empleo también se transforma, a veces, en tiempo «dormido»; no en el sentido de sueño reparador sino de refugio y olvido:

Pues me levanto, y ahora los últimos cuatro meses que llevo aquí...pues vienes al cursillo, sales, me voy a casa, preparo la comida, mi mujer no come en casa, como yo solo y estoy en casa o leyendo o así, luego cenas y te acuestas..vamos y no tiene más... cuando no estás en el cursillo, pues lo mismo, solo que en vez de venir, me quedaba en casa y me levantaba más tarde, o sales por ahí a dar una vuelta, pero que casi ni te apetece salir de casa (Varón 33 años. Técnico aire acondicionado. 2 años en paro.)

Tampoco todas las entrevistadas con responsabilidades familiares parecen tener un comportamiento y unas vivencias similares del trabajo reproductivo. A tratar de captar esas diferencias va dirigido el punto siguiente.

Los efectos del «doble mensaje» Dirigido a las mujeres: Buscar empleo y cuidar el bienestar familiar.

Las representaciones sociales respecto a la maternidad y la paternidad han cambiado notablemente. Las prácticas también. Los hijos (frecuentemente sólo uno) suelen ser programados y, en ese sentido, se viven como una elección. Si no los envía Dios, si traer personas a un mundo competitivo es una decisión responsable; si —como se han encargado de señalar psicólogos, psiquiatras y pedagogos— las relaciones entre padres e hijos imprimen carácter, podemos suponer que la carga cuantitativa (número de la prole) habrá disminuido, pero la carga simbólica no; en consecuencia, las energías, el tiempo y las preocupaciones no han hecho más que aumentar.

Como no podría ser de otro modo, esta nueva forma de «parentalidad responsable» coincide con la «creación de la domesticidad» anteriormente mencionada. Las causas y los objetivos son los mismos: el reconocimiento del valor social y económico de la producción de personas y la necesidad de controlar ese tipo de producto. Aunque ha sufrido cambios a lo largo de su existencia, la asimetría en la forma de entender el papel de padre y el de madre que hasta ahora ha sido una constante, también parece que está sufriendo cambios.

En el nivel de los valores y de las representaciones, el ideal actual es el de la pareja que toma la decisión de tener una criatura pensando en compartir de forma simétrica las responsabilidades que de ello se derivan. En la idea contemporánea de la paternidad también tiene un peso muy importante el vínculo afectivo, la proximidad en la relación con los hijos. En sociedades de baja natalidad, los hijos son bienes escasos y valorados socialmente. Atenderlos —contrariamente a lo que ocurre con el resto del trabajo doméstico⁶— se ha cargado de un valor simbólico muy positivo. Es de esperar que ese sea un factor que pueda presionar para el cambio en la división sexual del trabajo y en la organización del empleo. Sobre todo si, como se ha señalado repetidamente, la identidad femenina actual también se construye sobre el proyecto de desarrollar una actividad profesional o retribuida.

¿Qué ocurre con esos modelos cuando se confrontan con la dura realidad? Hombres y mujeres construyen su proyecto desde ideales de igualdad e imágenes idealizadas que se hacen añicos en cuanto toman contacto con la realidad. En ese momento, la socialización disimétrica, los estereotipos de género y la inercia (repetición «puesta al día» de lo vivido) suelen dictar las pautas. Entra en juego el «te dejas llevar» que expresan algunas entrevistadas:

...en principio me lo planifiqué todo: ¡nada, voy a tener un hijo, voy a ser capaz porque soy una persona muy fuerte, voy a ser capaz de tal, tal!, claro, el primer avance fue ese, ¡pam! cuando vi que no era capaz, es decir, cuando hay muchas cosas que se te esca-

⁶ Podríamos señalar otra excepción: cocinar, también ligada a la revalorización de la gastronomía. Esas tareas de cuidar a los niños, cocinar y comprar en las grandes superficies (además de las tradicionales de bricolaje doméstico) son, según los estudios sobre la colaboración masculina en las tareas domésticas, las que han registrado mayor crecimiento.

pan, son cosas que no las puedes controlar porque no las puedes prever, son cuestiones que te surgen en un momento determinado y no puedes prever que te vayan a ocurrir así, entonces en esos momentos tienes que tomar una serie de decisiones y yo decidí en ese momento, o sea, decidí dejarlo, la carrera, y ya la retomé cuando he podido hacerlo (Mujer 38 años.)

El resultado es que, sin negar los cambios que van aproximando los roles de padre y madre, siguen produciéndose demasiadas semejanzas entre las mujeres (y entre los hombres) en la forma de asumir las responsabilidades en la crianza.

No se vive igual porque desde el primer momento en que... no sé como... ya la maternidad normalmente la asume la madre desde pequeño, entonces los lazos que se crean siempre son diferentes no por el dejar de querer más, ni mucho menos... pero no... como no se ve tanto el día a día, pues no se lo toman de la misma manera, todo es... todo es también lo mismo, es la experiencia la que te hace ver lo que tienes(...), si él realmente no vive tan intensamente, pues no sabe lo que se pierde y lo que se gana, es que es obvio, aparte de que es un buen padre... hay que dedicar mucho tiempo... pero vamos, no es lo mismo...(…) pero él también por su horario de trabajo tampoco puede estar como yo estoy, que tampoco es que esté mucho porque ya has visto que mi horario (entre trabajo doméstico y cursillos tiene una jornada totalmente ocupada). (Mujer, 28 años)

Se han querido encontrar razones «naturales» en esos comportamientos (vinculación más temprana por el embarazo, la lactancia, etc.), sin embargo, el peso de «la naturaleza» se desmonta cuando nos referimos al cuidado de hijos adoptados, al de los parientes enfermos o ancianos y, en general, al cuidado de los demás.

Los proyectos biográficos de género y sus posibles formas de resolución, ilustran una compleja red de factores y de relaciones existentes detrás de las opciones vitales. En el caso de las mujeres sometidas al doble mensaje, caben tres grandes grupos de resolución que casi siempre van acompañadas de miedos y frustraciones: las que *priorizan el papel relacional-familiar*, las que tratan de «*compaginar*» *ocupación-familia* y las volcadas hacia la *carrera profesional*. Dentro de esos tres grandes grupos se dan, asimismo, situaciones diversas derivadas de los recursos disponibles, las cargas domésticas reales, el grado de colaboración masculina, etc..

Todas las mujeres están sometidas al doble mensaje pero no todas lo escuchan con la misma intensidad. Por una parte, la representación de los hijos difiere según la etapa vital, la situación de pareja y, muy especialmente, de la situación socioeconómica familiar. Tener los ingresos mínimos para vivir es lo primero; poder darles de comer es la premisa para poder plantearse «la elección» entre trabajar fuera de casa o dedicarse a los hijos. Por otro lado, no todas abandonan proyectos profesionales similares. Obviamente la experiencia personal de lo que a cada cual le aporta su empleo —muy determinado por el tipo de actividad laboral que se realiza o se puede aspirar a realizar— influirá sobre la orientación predominante. En los relatos de nuestras entrevistadas, pueden distinguirse dos formas de percibir el problema: las que se centran en las dificultades reales

de conciliar tiempos que se solapan y, por otro lado, las que mencionan problemas psicológicos ligados a sentimientos de culpabilidad.

Cuando las necesidades de ingresos apremian, los problemas son conseguir empleo y colocar, en la escuela o con las abuelas, a los niños. En esos casos, resulta vital poder contar con la ayuda de las otras mujeres de la familia. Así ocurre en los casos de madres con hijos pequeños y con mayor precariedad de recursos.

La niña...mi madre me la cuida. El piso es prestado, de mi abuela, o sea que la familia hace lo que puede...Pero tampoco podemos estar siempre dependiendo de la familia (Mujer de 24 años)

El sentimiento de culpa aparece, mayormente, en situaciones en las que el trabajo retribuido se percibe más como una elección que como una necesidad. En esos casos, en los que se plantea la posibilidad de «elegir», la opción familiar (aunque sea mientras los hijos son pequeños) tiene muchas posibilidades de ganar.

Yo es que, jamás me hubiera imaginado que iba a dejar el banco, porque es un trabajo, que es muy bueno(...), trabajas por la mañana, a las 3 has terminado y luego ya por la tarde te puedes ocupar de tu casa y de tu familia (...). Surgió esto, lo hice... entonces estás trabajando y aunque estás en el trabajo, no puedes evitar el pensar, pues, que lo tienes ahí enfermo en casa y que no estás ahí con él y entonces sí que ha habido días en que, me digo: «bueno, es que no lo atiendo como debería de atenderle» y entonces eso fue lo que, digamos, me decidí.

En el ejemplo anterior, a una trabajadora de la banca, con un horario envidiado por la mayoría de las mujeres (y muchos hombres), le ofrecen una fuerte indemnización por dejar el puesto y, situada frente a la posibilidad de elegir, decidir irse a casa. En estos casos en los que el bienestar económico está bastante cubierto y, además, el capital cultural permite una cierta reflexión —de género— acerca de la centralidad del empleo en la vida, puede aparecer explícitamente el rechazo al modelo masculino.

P...pero ¿a ti te gustaría hacer una vida, como la que hace tu marido, si tuvieras solucionado lo otro?

R...No, a mí no, a mí no porque a mí me gustan los niños, si yo he tenido un niño, es porque yo quería tener un niño, bueno él también, ¿no?, pero no sé, yo pienso que las mujeres siempre nos volcamos más hacia los hijos, que los hombres. Los hombres tienen su trabajo y digamos que es lo más importante para ellos, pero la mujer, siempre, aunque tenga su trabajo, siempre piensa más en su familia.(...)(Mujer 34 años)

Sin embargo, no se puede olvidar que, en la mayoría de las ocasiones, hablamos de «abandonos» que casi siempre tienen detrás reestructuraciones del mercado laboral. En estos momentos, las reducciones de plantilla, el cierre empresarial, los contratos que se acaban, etc. están en el origen de esos «abandonos» femeninos. En el paso de activas a inactivas

... yo tengo un hijo, como la situación de; trabajo no era muy ... ya estaba la cosa un poco mal, la empresa no iba muy bien y empezó a —yo iba todo el día desde las 9 de la mañana y estaba allí hasta las 8 de la noche, porque claro como me pillaba lejos pues me quedaba allí a comer, y entonces iba muchas horas, empezó a pagar mal, y a pedir más, de lo que realmente yo... como yo estaba en administración y a parte me decía de hacer otros trabajos, y bueno si no tenía otra cosa que hacer, bien, pero ya una vez te empiezan a pagar mal, pues no te da mucho gusto de trabajar más, y ya como el chiquillo ya entraba a hacer ya, me parece que era segundo, segundo de EGB, pues dije me voy a mi casa, porque para estar trabajando todo el día fuera y cobrar mal... (Mujer 34 años)

Cuando no hay servicios de cuidado a la infancia accesibles, cuando las condiciones de empleo se deterioran, cuando la explotación se hace evidente, esto es, cuando no compensa «dejar a los hijos», es cuando se produce el repliegue (vivido como temporal) a la familia. Se podría decir que más que abandonar son empujadas; las condiciones de empleo cruzadas con las disposiciones de género son la causa de que ese planteamiento no lo encontramos en ningún varón entrevistado.

La satisfacción del deber cumplido, del haberse dedicado a los hijos suele ir acompañada de cierto sentimiento de frustración, especialmente entre mujeres con ciertas expectativas profesionales.

Eso, la primera etapa, que ya te digo, te dejas llevar, al menos yo me he dejado llevar, la recuerdo también satisfactoria, yo estoy casi contenta por haberme dedicado a los niños porque en tu entorno hay gente que trabaja y la gente que trabaja iba más agobiada y los chiquitos..., tenían remordimientos por los chiquitos y yo, por ejemplo eso no lo he vivido. También es cierto que cuando yo me paraba un poco y decía, es que yo fíjate tengo una carrera y no he hecho nada, pues me encontraba mal porque veía que no había acabado yo de hacer lo que quería hacer y que estudiar no era sólo lo que quería hacer, sino practicarlo vamos. (Mujer 47 años. Licenciada en Historia)

La responsabilidad de los cuidados no se limita a los hijos. Como ya se ha visto, abandonar los proyectos personales para asumir el cuidado de padres, hermanos o enfermos suele ser una actuación inducida por la identidad de género femenina.

Desvalorización social de la figura de «Ama de casa».

Son mujeres quienes dejan el empleo para poder atender y cuidar. Es la presencia de hijos pequeños la que justifica y llena de sentido su tiempo de desempleo (o de inactividad laboral). El resto de las tareas domésticas ocupa un lugar muy irrelevante en los relatos. Probablemente menor del que ocupa en su realidad cotidiana. La figura del «ama de casa» aparece cargada de connotaciones negativas —el «marujismo» despectivo— al menos entre las entrevistadas⁷. La

⁷ Tenemos que recordar que hablamos de «paradas» o sea, de buscadoras activas. Sin embargo, se les hace retroceder a situaciones anteriores en las que algunas, al margen de su clasificación estadística, estaban dedicadas al trabajo familiar.

mayoría quiere construir su imagen distanciándose de esa figura (son activas buscadoras, cursillistas, estudiantes, etc.), molestas porque los demás les vean como tales.

«Yo tengo mucha ilusión de trabajar, tanto para mi satisfacción personal y mantenerme activa y no encerrarme un poco en el «marujismo» eso de estar en casa y... aunque pienso que yo no soy muy así porque siempre me gusta moverme y aparte de todo el factor económico, que es obvio, y entonces si que me sabe mal... (Mujer 28 años. COU tres años empleada de comercio, tres en paro)

También la entrevistada que dejó voluntariamente el trabajo en la banca, insiste en varias ocasiones sobre el hecho de que ahora «la ven» como ama de casa y, por el contexto parece que lo vive como una degradación de status:

Lo que pasa es que me ven... bueno me ven como un ama de casa pero al mismo tiempo me ven que me muevo, ¿no? que estudio, que voy aquí, que voy allá, me salió un trabajo en la feria, pues era una semana, pues estuve trabajando en la feria, ¿sabes?, o sea que tampoco me veo la típica ama de casa que se queda ahí en casa a limpiar y tal, pero vamos que la imagen que tienen... pues eso de ama de casa. (Mujer 34 años).

Las respuestas de las entrevistadas nos permiten diferenciar, al menos, cuatro formas de vivir el desempleo y de relacionarse con el trabajo doméstico:

(1) La de aquellas mujeres que, por tener hijos muy pequeños, viven su situación de desempleo como una **oportunidad para vivir más a fondo su maternidad**. Algunos de estos casos se han mencionado en el punto anterior.

(2) Las mujeres con experiencia laboral que, si en un principio se plantearon el desempleo como una ocasión para poder estar más con los hijos, después confiesan que «se les cae la casa encima». Mujeres acostumbradas a la «doble presencia» y que viven **«la casa como encierro»**.

..A mi me ha costado mucho tenerme que quedar en casa y de cambiar mi rutina totalmente...(la casa) se me cae encima. Estoy deseando tener cualquier excusa para irme. Ahora cuando me salió lo del curso dije ¡jolin!, es que ahora en verano, la verdad es que estos cursos..estás todo el año en casa y los ponen siempre en verano, dije, no vete a hacer el curso que estás mejor cuando vas de cabeza, subiendo y bajando corriendo que..., no me gusta, no me gusta estar en casa. Aparte, como estoy acostumbrada así, a hacerlo acelerada..(Mujer 36 años. 19 años experiencia laboral)

(3) La vivencia del tiempo de paro como **tiempo de reciclaje**, aparece de forma neta en el grupo de mujeres que no pudieron estudiar en su momento o que piensan que su formación está desfasada.

(4) Mujeres, con o sin experiencia laboral previa, **con necesidad y urgencia de encontrar un empleo retribuido**. En estos casos, las referencias a la situación económica de la familia son las que surgen en primer lugar. La sobrecarga del tiempo dedicado a los trabajos de cuidados no parece percibirse como excesivamente problemática. Incluso dicen organizarse mejor cuando trabajan. Como

demuestran los estudios sobre diferencias en los usos del tiempo, la mayoría de los varones distribuyen su tiempo entre la satisfacción de las necesidades básicas, el trabajo retribuido y el ocio; sin embargo, las mujeres con hijos saben que el tiempo sin trabajo retribuido se llena rápidamente con el trabajo familiar. Este último no tiene horario fijo pero tampoco tiene límites, es un tiempo circular que se filtra y puede penetrar todo el tiempo de las mujeres. Saber controlar ese tiempo y ponerle límites requiere disciplina. Trabajar fuera de casa ayuda a estructurar el trabajo doméstico, aunque sea a costa de una sobrecarga del tiempo trabajado y de la «doble presencia-absencia».

«La casa, mira, te diré una cosa, yo no sé si te ... a lo mejor a ti..., yo he hablado muchas veces y todas dicen lo mismo, cuando tú tienes trabajo fuera de casa, la casa la tienes más limpia, más organizada que cuando estás en casa sin hacer nada, eso no soy yo, eso lo he preguntado a un montón de gente(...)¿que hago?, no trabajo, pues me voy a comprar, y te tiras tres horas por no quedarte dentro de casa, porque sabes que el día tiene muchas horas y dentro de casa muchas horas tampoco puedes estar y vas dejando, vas dejando, y vas haciendo lo justito y la faena, o sea, la limpias, lo dejas mal hecho, el cuarto de baño...lo más necesario ¿me entiendes o no?, cuando vas a trabajar, al revés, como tienes esa cosa de decir «ay no, mañana me tengo que ir, pues eso lo tengo que hacer, porque si no ¿cuando lo hago?», entonces llevas una organización. (Mujer 30 años, EGB.)

Una prueba clásica de que siguen siendo mujeres las que se responsabilizan del trabajo doméstico-familiar se puede encontrar en la frecuencia con la que las paradas (no así los parados) entrevistadas dicen preferir un trabajo «compatible»:

¿El ideal? pues un trabajo como el que tenía antes, porque así puedes compaginar el trabajo y puedes compaginar, pues el que puedas estar pendiente de tu familia ¿no?, la familia me refiero porque los niños, bueno que a las cinco y media ya salen del colegio y tienes que recogerlos, tienes que estar un poco pendiente de ellos pues para los deberes, hacen deportes extra-escolares, los tienes que llevar, en fin, entonces lo ideal...(Mujer 34 años)

Compatibilizar en un contexto de reorganización del tiempo de trabajo con horarios «a la carta» de las necesidades empresariales, a veces resulta difícil y pedir más motivación hacia el trabajo retribuido cuando lo que se ofrece son empleos temporales, horarios extraños y, con demasiada frecuencia, salarios muy bajos, es pedir milagros. En muchos casos, se habla más de los gastos de ir a trabajar que de los ingresos. El «no me compensa» lo utilizan las mujeres por restar, únicamente de su salario, los gastos originados al tener que pagar lo que ellas dejan de hacer (comedor escolar, canguro, etc.):

Si fuera otro contrato sí, ya es diferente, pero así..., aparte que si son horarios comerciales y eso, para una persona que tiene familia, ya es muy molesto, yo antes cuando trabajaba tenía un horario de por las tardes, entonces para una chica así sin compromiso, era muy bien, (...), pero ahora aún encontrando el mismo trabajo ya sería muy

duro porque si el niño empieza a escolarizarse y cuando él sale yo me meto a trabajar, claro cuando vuelvo estaría durmiendo, o sea no me vería, entonces puestos a pedir, desde luego, pido algo que se pueda compaginar mejor con lo que es la familia. (Mujer 28 años)

A pesar de que los nuevos estereotipos de género atraviesan toda la estructura social y de que es la llegada de un hijo lo que suele desencadenar su visibilidad en las relaciones de pareja, las soluciones al cuidado de éste varían según la situación socioeconómica.

En el caso de una profesional con un puesto de trabajo cualificado y bien retribuido, ser madre muy raramente supone el abandono de la actividad laboral. Es probable que, desde el lugar de trabajo, siga con más atención que el padre el cuidado del niño, pero la orientación hacia la carrera profesional y el logro personal, la satisfacción en el trabajo y la posibilidad financiera de asegurar una buena atención a la criatura, alejarán el abandono de la mente materna.

Si la ya citada García de León (2002) al referirse a las élites femeninas habla de que «...Existe en casi toda biografía notable dos tipos de energía para mantener la ambición de correr en pos del éxito: una positiva, la herencia como bagaje de recursos (muy especialmente de orden emocional) de pasado y de presente, y otra negativa, la herida como una especial necesidad ontológica de afirmación, una suerte de rabia y coraje, por así decirlo, que constituye una excelente energía para imponer y plasmar el yo»; en nuestra investigación las herencias y las heridas son de distinto orden. La mayor parte de nuestros entrevistados y entrevistadas son, en ese sentido, desheredados —con pocos recursos económicos, culturales, relacionales...— y, salvo en casos muy aislados, tampoco su herida se manifiesta en forma de rabia y coraje, en necesidad de autoafirmación.

Es decir, unos gozan de «excedentes» de recursos (las élites) y los otros acumulan «déficits»: escasos recursos financieros, empleos precarios y poco satisfactorios y pocas perspectivas de futuro.

Hablar de abandono del empleo y de rechazo de ofertas de trabajo cuando — con las excepciones que confirman la regla— lo que se deja es «de buscar con pocas perspectivas de encontrar» (las que pasan del paro a la inactividad) y lo que se rechazan son ofertas de subempleos con minisueños y horarios demenciales; deducir de las cifras de inactividad que una proporción importante de mujeres jóvenes siguen los patrones tradicionales y dejan el empleo con la llegada de los hijos es, como mínimo, una verdad a medias.

«Cuando ya prácticamente me tocaba hacerme un contrato indefinido pues yo estaba embarazada, me quedé embarazada y entonces pues me dijeron que claro, que debido a eso pues no me iban a coger, o sea como más o menos estaban contentos conmigo, lo que pasó es que me dijeron que yo aguantara, que me hacían otro de tres meses, que era justo... el contrato acababa el 13 de mayo y yo di a luz el 18 de mayo, o sea que era apurarlo al máximo y una vez... me mandaría al paro, estaría los cuatro meses más o menos... y me volverían a llamar... y es verdad cumplieron la palabra, tampoco me dejaron en la estacada. En agosto prácticamente yo tenía que haber empezado y se esperaba para que pasaran las vacaciones y en septiembre me volvieron a llamar pero enton-

ces ya no accedí porque no me daban seguridad de volver a tener un contrato fijo... porque igual volvía a estar en contratos, en inseguridad... al ser un horario parcial no ganaba dinero para pagar a una persona que cuide a mi hijo, todo lo que yo gano y sin tener la seguridad. (Mujer 28 años).

Tiempo de paro y colaboración masculina en el trabajo doméstico: «Los lunes al sol»

En el tema de la colaboración masculina en las tareas domésticas, la primera cuestión a destacar es que, entre todos los entrevistados, sólo un desempleado mayor que lleva muchos años en paro y que asume que es su mujer la que más dinero aporta a casa, dice dedicar parte del día a «*hacer en casa lo que la mujer le manda*». Otro habla de que cuando llega a mediodía a casa se hace «*su*» comida porque la mujer no come en casa. Del resto de varones entrevistados no sabemos si colaboran o no, sólo sabemos que al preguntarles como transcurre un día normal, no hacen ninguna mención del trabajo doméstico. Parece que en muchos casos, incluso cuando la situación de parado cuestiona la identidad de «mantenedor principal», la división tradicional de roles sexuales resiste.

Son las entrevistadas las que hablan del tema relatando situaciones diversas. Hay algunos casos en los que estando la mujer en paro, el marido ocupado colabora. En ocasiones, parece que con cierto temor a que sientan que pierden su identidad sexual:

A veces de broma digo: «es que se te dan tan bien las faenas de casa—porque a veces le salen las cosas mejor que a mí— hasta en la cocina» y esto le sabe mal, se enfada conmigo, no le gusta que yo diga esa frase....Pues porque no sé si entiende que le llamo un poquito ... ¿me entiendes? sí, sí, como si, a ver si ... lo considera como un insulto, como si dijera: «pues es un poquito afeminado» (Mujer de 39 años, sólo trabajillos ocasionales, dos hijos mayores)

En el caso anterior —parejas jóvenes de desempleados— y en el siguiente es donde aparece un reparto más simétrico de las tareas domésticas. En ambos casos se da la circunstancia de que los dos trabajaban al comienzo de su vida en pareja y formularon desde el principio un «pacto sexual» más igualitario. Aunque con los hijos estas mujeres se sienten más obligadas, el resto de trabajo familiar dicen compartirlo desde siempre:

Hemos estado trabajando siempre los dos desde que nos conocemos estamos trabajando los dos. Fue el decir bueno, nos casamos pero yo tengo que continuar con mi trabajo, tú también pues un poco repartirnos el trabajo y con las niñas igual; la verdad es que se las maneja él igual que yo. En ese aspecto no tengo problemas.(...) ...Sí, sí, pero yo pienso que si he tenido que dejar de hacer una cosa antes la he dejado yo. A lo mejor es que tampoco se lo he planteado, me lo he planteado yo como una cosa mía de decir no, esto ahora no lo puedo hacer porque tengo las crías pequeñas o porque tengo que llevarlas a ellas, pero vamos, he sido la que he dejado más cosas que puede haber dejado él.

Por los ejemplos anteriores podría decirse que, muy despacio, pero los estereotipos de género están cambiando algo. Aunque no obstante, a pesar de lo reducido de la muestra, también se han podido encontrar ejemplos del machismo más cerril, del más próximo al de la película que hemos utilizado para el título de este artículo.

... porque mi marido ahora está en la obra, está trabajando 3 años, pero el primer año no tenía trabajo fijo e iba a una... a, que es una empresa de transporte, de camiones, y se tiraba a lo mejor toda la mañana allí, haciéndose cafés al lado, que había un bar, si le cogían se iba en un camión(...) y había día que no, pero de la casa no tocaba nada ¿me entiendes o no?, o sea, él aunque tuviera o no ... él se iba, pero la casa es cosa de mujeres y cuando ha estado parado, la cosa ha sido mía, para limpiar, pero entonces es muy agobiante tener siempre que (...) y más ahora que él trabaja y me tenga que.. que me lo ha dicho muchas veces «esto está sin hacer ¿por qué no lo has hecho?, ¿que haces en todo el día que estás en casa?, no tienes nada que hacer, pues tu obligación...es muy aburrido, ya te digo, se está muy bien trabajando, es que te anima más cuando llegas a casa, organizarte todo...y las horas pasan volando (Mujer 30 años)

Los hijos no colaboran, las hijas tampoco: a las «Duendecillas hacendosas» no se las nombra, pero se las presiente.

Entre los entrevistados más jóvenes que continúan viviendo con sus padres, no aparecen referencias al tiempo dedicado a «colaborar», «ayudar» o «participar» en los trabajos domésticos. Las referencias al tiempo que pasan en casa, son referencias a «*estar en casa sin hacer nada*», «*como no tengo nada que hacer me levanto tarde*», etc.. En esta cuestión, si que podemos hablar de simetría en los roles sexuales de los más jóvenes: ninguno parece asumir su parte del trabajo reproductivo. Al leer sus entrevistas no siempre se menciona a la madre pero se intuye su presencia; evidentemente, alguien permite a estos jóvenes vivir liberados de lavar su ropa, mantener la higiene de la vivienda, comprar, cocinar, etc..., suponemos que una madre ama de casa, que con sus cuidados se siente querida y necesaria.

La idea de que la realización de esas tareas quita tiempo para cosas más importantes libera a los hijos, casi sin distinción de sexo, de hacerlas. Esa actitud es un arma de doble filo. Por un lado, las jóvenes menos entrenadas en las tareas domésticas tendrán menos tendencia a asumirlas de forma «natural» cuando inicien su vida en pareja; esa puede ser una forma de fomentar la negociación y el pacto en la distribución del trabajo doméstico. Pero por el otro, ocultar la necesidad de esa producción de bienes y servicios destinados al consumo propio, implica una resolución sexista o androcéntrica del problema: construir proyectos vitales andróginos basándose, exclusivamente, en el modelo masculino de orientación laboral. Muy probablemente, esa «esfera negada» caerá, en algún momento, sobre sus vidas y tendrán que enfrentarse a ella. No siempre ocurre así porque, obviamente, existen otras opciones individuales y no tener hijos también es una opción que ya toman algunas mujeres.

Entre las entrevistadas con hijos, como se ha visto, el «dejarse llevar por las circunstancias» supone reproducir modelos de género. La «resolución indolente», como la llama E. Simón, es aún muy frecuente,

«Mujeres que subordinan sus potencialidades ocupacionales a la satisfacción y exigencia «amorosa» de su pareja, de ella misma y de sus familiares, disfrazando semejante postura con justificaciones de este tipo: «total para lo que gano», «si yo tuviera un buen empleo como él», sin darse cuenta de que nunca ganarán más ni tendrán un mejor empleo desde esa actitud condicionada por su mundo familiar-relacional, que siempre les va a exigir más tiempo, más energía, más presencia, más «amor» (Simón, 1999:65)

Todo esto al menos, mientras que para ganar más y tener buen empleo sea imprescindible dedicarse exclusivamente a la profesión; mientras que el trabajo retribuido esté organizado de espaldas —y a lomos— de los trabajos reproductivos.

No afrontar, desde la socialización, la responsabilidad y/o la autonomía de las personas en todos los ámbitos de la existencia supone, en demasiadas ocasiones, la repetición de los modelos conocidos disfrazada de improvisación, de aparente toma de decisión individual, pero indudablemente condicionada por los estereotipos de género.

Una parte de las mujeres optan por la solución ¿más cómoda? Otras tratan de hacerlo «todo bien al mismo tiempo» (la «supermujer») y las menos —de momento— se vuelcan totalmente en su proyecto profesional. Siguen siendo soluciones sexistas que no abordan el problema de raíz. El resultado nunca es satisfactorio, como escribe la autora anteriormente citada, «si haces sólo de madre esposa eres una maruja; si te interesas sólo por tu trabajo, una egoísta o ambiciosa; si lo intentas todo, una presuntuosa; si tiras la toalla, floja y cobarde; si protestas, dura, histérica, altanera». (Simón, 1999).

4. BIBLIOGRAFÍA

CARRASQUER, P.

2002 «¿En los límites de la modernidad?». Trabajo y empleo femenino precario en España». *Sistema*, nº 167 pp 73-99.

GARCÍA DE LEÓN, M. A.

2002 *Herederas y heridas. Sobre las élites profesionales femeninas*, Madrid, Cátedra.

M. J. IZQUIERDO

1998 *El malestar de la desigualdad*. Valencia, Cátedra.

MARUANI, M., NICOLE-DRANCOURT, Ch.

1989 *Au labour des dames*. Syros alternatives, Paris

MEULDERS, D.

2000 La flexibilidad en Europa. En Maruani, Rogerat y Torns (dir) *Las nuevas fronteras de la desigualdad*. Barcelona. Icaria.

MURILLO, S.

1996 *El mito de la vida privada*. Ed. S. XXI. Madrid.

SIMÓN, M. E.

1999 *Democracia vital*. Narcea Ediciones. Madrid.

TORNS, T.

2000 «Paro y tolerancia social de la exclusión: el caso de España, en Maruani, Rogerat y Torns (dir) *Las nuevas fronteras de la desigualdad*. Barcelona. Icaria.